

Simulación y civismo

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Muy pocos son los que recuerdan hoy al pensador y psicólogo argentino José Ingenieros, quien gozó en el ámbito hispanoamericano de una gran admiración en las primeras décadas del siglo XX. Sus ensayos *El hombre mediocre* (1913) y *Hacia una moral sin dogmas* (1917) conocieron varias ediciones y fueron motivo de amplios debates en los círculos intelectuales de su época. En Cuba Ingenieros también contó con numerosos simpatizantes y a su paso por La Habana en diciembre de 1915 fue agasajado por los redactores de las revistas *El Fígaro* y *Cuba Contemporánea*. Una década después volvió a desembarcar en el puerto habanero, también en viaje de tránsito, y en esa oportunidad los encargados de homenajearlo fueron los integrantes del Grupo Minorista. Meses más tarde, en un artículo escrito con motivo de su prematura muerte, el ensayista Jorge Mañach se atrevió a hacerle algunas críticas a sus postulados filosóficos y de inmediato recibió una airada respuesta del poeta Rubén Martínez Villena. Por entonces para los jóvenes revolucionarios del continente Ingenieros, Rodó y Vasconcelos eran los apóstoles de la nueva era que ya se anunciaba.

El pensamiento de Ingenieros hoy puede ser tachado con facilidad de responder a la ya superada corriente positivista, de ser tan sólo uno de los más importantes exponentes en el espacio hispanoamericano de las teorías de Darwin aplicadas, con moderación e inteligencia, a la sociología y quizás merezca al menos cierto reconocimiento por haber señalado algunos de los males que padece el hombre contemporáneo. Es muy probable que muchas de las páginas de este autor ya resulten obsoletas. No creemos muy descaminado aventurar que su libro de juventud *La simulación en la lucha por la vida* (1903), que escribió cuando sólo contaba con 25 años, aún mantiene cierta vigencia.

En ese texto Ingenieros se adentró en una problemática posiblemente tan antigua como la sociedad humana, la simulación, para exponernos sus causas y sus consecuencias, los fundamentos de su razón de ser, las formas de manifestarse y los distintos grupos y tipos de simuladores. De acuerdo con su criterio, uno de los más importantes medios de lucha empleados por la especie humana es la simulación, que responde a un método fraudulento característico de la etapa civilizada. Si en la animalidad primitiva se imponen los medios violentos de lucha por la vida, en la sociedad humana se recurre a otros más refinados e inteligentes como la simulación. A través de ese recurso, por ejemplo, un mendigo pedirá limosna mientras oculta una fortuna debajo de su jergón, un joven fingirá una enfermedad para no cumplir con el llamado a filas del ejército y un empleado inepto tratará de resultar simpático a sus superiores para no ser despedido. En todos estos casos se recurre al enmascaramiento.

“Para el común de los hombres **saber vivir** equivale a **saber simular**”, sentenció Ingenieros, frase que, si se vira al revés, viene a decirnos que quien no sabe simular no sabe vivir. En la hora actual, signada por el pragmatismo y el criterio de que todo vale, cuando se considera que el fin justifica cualquier medio, se sobredimensiona el éxito, suben al estrado los ricos y los famosos y por lo general quedan varados en la orilla los que no ambicionan ni el poder ni la gloria ni el dinero, esta reflexión del pensador argentino conserva una penosa actualidad. Desde el día en que la escribió ha avanzado mucho la sociedad humana en los aspectos tecnológicos y científicos, entre otros, y hoy contamos con televisión y ordenadores y vuelos espaciales y antibióticos. Mas la simulación, como las cucarachas, sigue asomando sus antenas por cualquier rincón.

Pariete muy cercana de la hipocresía, la simulación está reñida con la verdad y con los más elementales valores éticos. Sólo en circunstancias extremas tiene total justificación, cuando resulta inevitable acudir a ella, por ejemplo, para salvar la vida o no ser represaliado. En esos casos quizás sean más dignos de censura aquellos que imponen una situación límite y no los que buscan un recurso fraudulento para eludirla. No todos los seres humanos tienen pasta de mártires o están dispuestos a mantenerse fieles a sus ideales o a su religión o a su verdad hasta la muerte. La astucia y la simulación a veces marchan juntas.

El civismo, impulso que lleva al individuo a interesarse por los asuntos públicos y a buscar fórmulas para el progreso común, también se encuentra divorciado de la simulación. En el hombre cívico impera la rectitud, no la sinuosidad. Los problemas sociales se enfrentan directamente, con transparencia, prevalece la actitud crítica, el anhelo responsable de superación c

colectiva y el ejercicio de un derecho inalienable. Los gobernantes están en el deber de prestar atención a esas voces que se alzan en el coro, aunque tengan un carácter disonante. Muchas veces pueden constituir un provechoso llamado de alerta, la solución para un conflicto, la vía para marchar por un terreno seguro y no cometer errores.

El ciudadano incondicional que todo lo aplaude y siempre sonríe y siempre obedece a todas las órdenes no será nunca un hombre cívico. Quizás, eso sí, un buen simulador. En esencia el hombre cívico es un inconforme que no se echa a dormir en los brazos de la complacencia: analiza, valora, discrepa, pregunta... En el mejor de los casos suelen tildarlo de conflictivo.

A escala mundial el civismo no atraviesa por un buen momento. Su ropaje ha sido tomado falsamente por no pocos arribistas y logreros, demagogos y calculadores, farsantes y testaferros. No resulta nada fácil hoy, cuando la política ha pasado a convertirse en un negocio más, discriminar a quién se mueve impulsado por nobles y altruistas intenciones. Demasiadas nubes de basura lleva y trae el viento.

Ante el descrédito de muchos partidos políticos se alzaron las Organizaciones No Gubernamentales. Muchas de éstas, a su vez, han provocado desconfianza y rechazo. Algunos movimientos sociales intentan ahora recuperar la credibilidad y ofrecer alternativas de solución para los numerosos y muy graves problemas del mundo.

Si prestamos plena atención a la envergadura de los mismos –calentamiento global, escasez de agua y de combustible, guerras, desempleo, narcotráfico y hambrunas– viene a ser un acto de total irresponsabilidad individual y colectiva preocuparnos tan sólo por ver un buen campeonato de fútbol o el último capítulo de la telenovela, por conocer el más reciente grito de la moda parisina o si llegó el aceite a la bodega.

Se impone asumir una actitud responsable que dé la cara a asuntos de tanta trascendencia y que no solamente son de la incumbencia de los dirigentes de un país o de los organismos internacionales. El ciudadano común también debe disponer de un espacio de participación en el análisis y en las propuestas de solución de esos problemas.

En el ámbito nacional el civismo ha atravesado por momentos de honda penuria. Ante un estado que se erigió en representante de todo el pueblo y en intérprete máximo de sus aspiraciones, en único rector del orden económico, político y social y en guía incuestionable para trazar la ruta del país, la crítica fue considerada un ejercicio inoportuno, la agria manifestación de resentidos y aguafiestas y quizás un modo sutil de proporcionarle argumentos a los enemigos foráneos. Conducido hacia ese tortuoso camino, el civismo arribó a un callejón sin salida. En primer lugar no lograba al menos expresarse y en segundo término resultaba por completo estéril. El aplauso masivo, la repetición de consignas y el optimista discurso oficial coparon la tribuna y la sala y ahogaron cualquier discrepancia. Se impuso entonces una pregunta que ya venía convoyada con la respuesta: “¿Para qué buscarse problemas haciendo críticas? Nada se va a resolver.” Las soluciones sólo podían llegar desde lo alto, cuando los dirigentes lo decidieran. Mientras ese momento llegaba era preferible contemplar el vuelo de una gaviota o el discurrir de las aguas bajo los puentes.

Pero de pronto ocurrieron acontecimientos a nivel mundial que modificaron el rumbo de la historia y estremecieron los cimientos de principios que ya se consideraban inmutables. Carlos Marx había tenido como lema “Duda de todo”, pero esa recomendación del pensador alemán no se tenía por conveniente. Y hubo entonces que recurrir a ella para revisar teorías y métodos y programas y estructuras. Un manto de silencio cubrió algunas viejas consignas mientras la sociedad cubana se adentraba en una profunda crisis económica llamada eufemísticamente “período especial”.

Además de las penurias materiales, esta situación ha provocado un mayor deterioro social y ético que se manifiesta, por ejemplo, a través del incremento de la prostitución, el proxenetismo, el robo a la propiedad estatal, la drogadicción y la mentalidad de sálvese el que pueda. Con sobrada razón afirma la profesora de la Facultad de Sociología de la Universidad de La Habana Geraldine Ezquerro en una entrevista para el magnífico artículo *La edad de la chanclita*, que vio la



Manifestación pacífica de monjes budistas en Birmania, en contra de la dictadura militar

luz en el diario *Juventud Rebelde* en el pasado mes de agosto: "Una crisis económica genera siempre una crisis social. Ese proceso ocurre muy rápido, y revertirlo demora mucho. En esa etapa hay una tendencia al individualismo y una superposición del yo sobre las acciones colectivas, porque la tarea de primer orden es resolver las necesidades materiales. En los años 90 se evidenció esta degradación de valores, que actúa de forma negativa en la educación formal". A nuestro entender, esa degradación de valores irradia también hacia otras formas de comportamiento del individuo en nuestra sociedad.

La resaca de este mal llamado "período especial" nos ha traído, sin embargo, algunos pocos beneficios, como para corroborar el viejo axioma de que no hay mal que por bien no venga. Uno de ellos se refiere a la toma de conciencia de algunos problemas sociales y económicos que han afectado el desenvolvimiento de nuestro país en las últimas décadas y al cuestionamiento de esquemas que con anterioridad no se ponían en duda.

Hace unos meses la aparición en varios programas televisivos de tres personajes de nefasto desempeño en la dirección de nuestro movimiento cultural provocó una rápida y airada reacción por parte de numerosos intelectuales y artistas. Esa reacción en un principio estuvo orientada contra estos individuos en específico y hacia lo que ellos representaron en otra época, pero paulatinamente, con igual espíritu crítico, se fue extendiendo hacia otras aristas de nuestra realidad. Este fenómeno, a pesar de haberse visto limitado a mensajes por medio del correo electrónico, hubiera sido impensable hace unos años y a nuestro entender apunta hacia un despertar del civismo entre nosotros. A ese ejemplo pudieran añadirse otras manifestaciones de inconformidad que, de forma civilizada y respetuosa, hacen valer el derecho a opinar de modo diferente y claman por un mayor diálogo y un mayor entendimiento entre cubanos.

Dentro de esa línea amplia y participativa que deja a un lado los rígidos esquemas excluyentes se sitúa esta apreciable reflexión de Jesús Arencibia Lorenzo, incluida en su artículo *El ensueño y los ladrillos*, que fue impreso en el pasado número del mes de julio del tabloide *Alma Mater*, "La voz de los universitarios cubanos": "Se puede ser cubano hasta la médula y no compartir criterios socialistas; o ser socialista y revolucionario y estar en desacuerdo con medidas gubernamentales; o no ser socialista, ni revolucionario, ni partidario del gobierno y tener un decoro mayúsculo. La tolerancia: para y con todos."

Criterios como el anterior ponen en evidencia el necesario resurgimiento entre nosotros del civismo, de una nueva mentalidad libre de viejas ataduras dogmáticas. La verdad nunca ha sido patrimonio exclusivo de una casta social, un partido político, una compañía transnacional, un gobierno ni, mucho menos, de un individuo. Todo ciudadano tiene el derecho de ir en busca de ella sin que esto le represente sufrir represalias o tener que apelar a la simulación.

**...el hombre
cívico es un
inconforme que no se
echa a dormir en los
brazos de la
complacencia: analiza,
valora, discrepa,
pregunta...**

Ingenieros, en su olvidado ensayo que comentamos al inicio, expresaba con ingenuo optimismo este deseo: "Felices los hombres que puedan preocuparse de **ser** y olvidarse de **parecer**; los que puedan fiar en la sinceridad ajena, sin vivir en perpetua alarma entre la común hipocresía; los que puedan amar la verdad y aborrecer la mentira; los que puedan ser leales y sentirse correspondidos; los que puedan creer a sus padres, a sus amadas, a sus hijos, a sus vecinos, a los hombres todos, esclavos hoy de la ficción organizada y acaso redimidos mañana por la inutilidad de vivir en perpetuo engaño recíproco."

No resulta excesivo pedirnos cada uno de nosotros, día a día, tratar un poco más de **ser** y no de **parecer**.